

# PORTAFOLIO GRÁFICO

## Buscando la luz

Omar Lucas

Omar Lucas es fotógrafo documentalista que trabaja en temas sociales relacionados con los Derechos Humanos y el Medio Ambiente. Ganador del Premio Nacional de Periodismo 2015, en la categoría de "Fotografía"; y del POY Latam 2015, en la categoría "La mujer en la sociedad", entre otros. Su trabajo ha sido publicado en medios nacionales e internacionales como Al Jazeera, The California Sunday Magazine, Etiqueta Verde, El Comercio, Somos, La República y G de Gestión.



**H**ace 75 años (1941), en el distrito de Comas (Lima), fue creado el Centro de Educación Especial Luis Braille, el único colegio estatal a nivel nacional, con nivel secundario e internado, dedicado a la enseñanza de personas con ceguera y baja visión. En sus aulas una parte de sus 170 alumnos cursan sus estudios de Educación Inicial, Primaria y Secundaria, mientras otros acceden al programa ocupacional en el que se les capacita para ejercer diferentes oficios, o integran su programa de rehabilitación para invidentes que trabaja con adultos que pierden la vista. Las estructuras físicas del plantel están deterioradas, sin que las autoridades competentes hayan podido revertir dicha situación. El Centro ayuda a las personas con discapacidad visual a ser independientes y no ser discriminado. En el país existen más de un millón de personas con diferentes problemas visuales, la mitad de los cuales residen en Lima. El 80% de ellos son analfabetos porque no tienen acceso a la educación, lo que los pone en situación de doble desventaja frente a la sociedad.

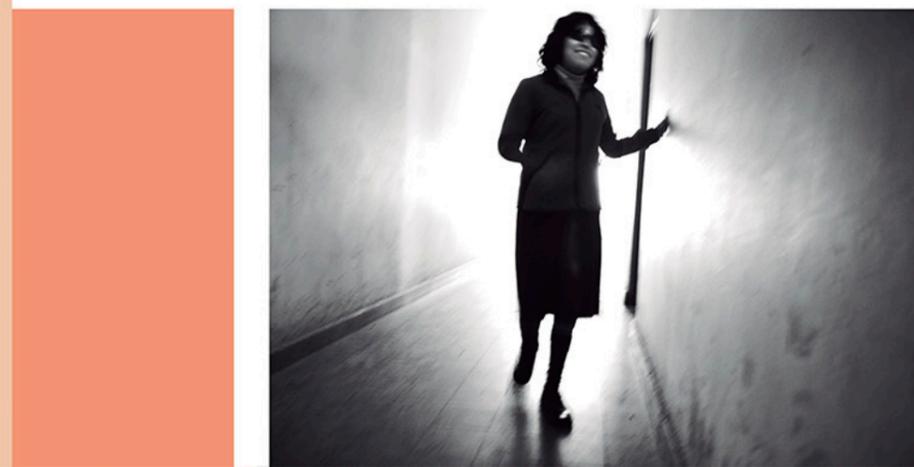
Institución Educativa Luis Braille, Distrito de Comas, Lima, Perú. 2010-2015

Todos nos movemos en la oscuridad. Todos andamos siempre un poco ciegos, ha dicho uno de tus profesores. La vida es solo un tránsito entre dos oscuridades, recuerdas que también dijo. Y quizá sea verdad: siempre hay un punto que desconocemos, un principio incierto que hay que superar. Solo que en tu caso, como el de tus compañeros, ese principio es permanente y es necesario no detenerse y cogerse de otras cosas para poder avanzar. Entonces los dedos, el tacto selectivo de tus dedos, se convierten en tus ojos para los detalles y tus oídos, en el lienzo para dibujar y retener en la mente los lugares en los que permaneces y los caminos por los que transitas: son tu vista para el espacio y las lejanías. Y, claro, el gusto y los olores te sirven también para percibir el mundo con tanta vivacidad e intensidad como cualquier otra persona.

Llegaste desde muy lejos a este colegio hace cuatro años, una mañana fría y muy lenta pero memorable en la que compartías la alegría y la emoción de tus familiares: después de tantas búsquedas, al fin habían encontrado un lugar para que pudieras estu-



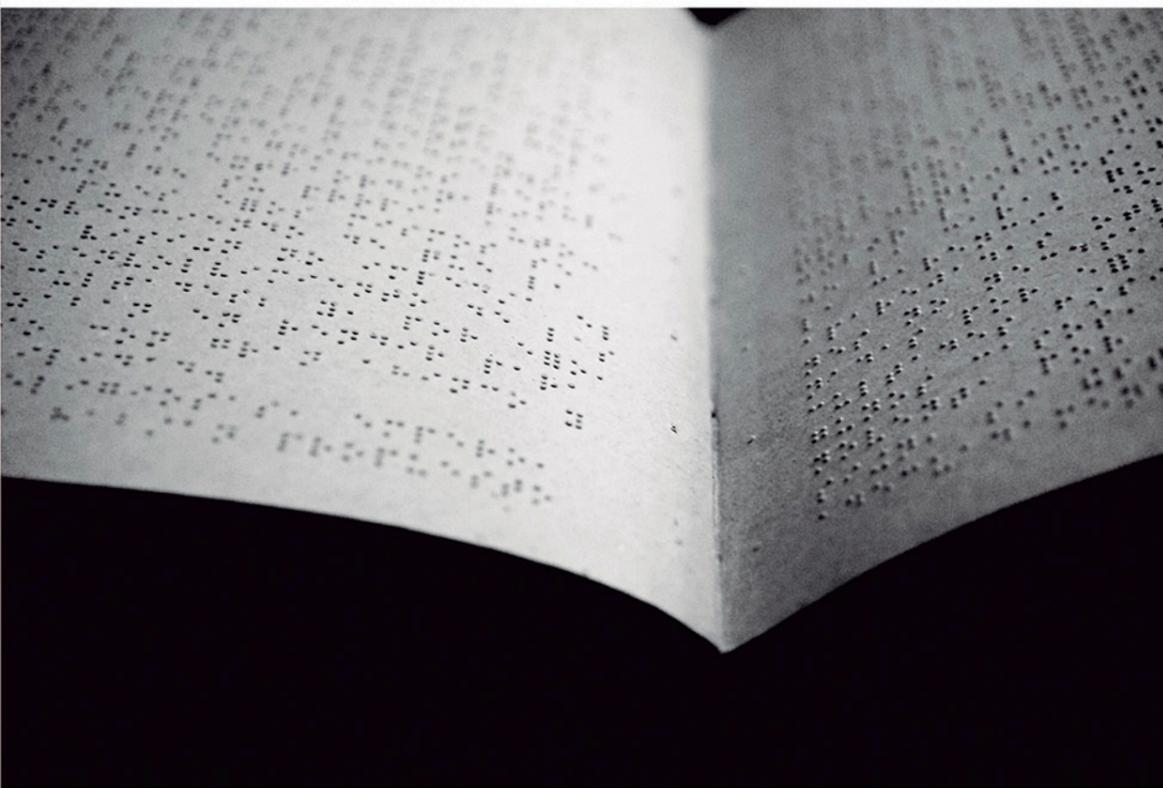
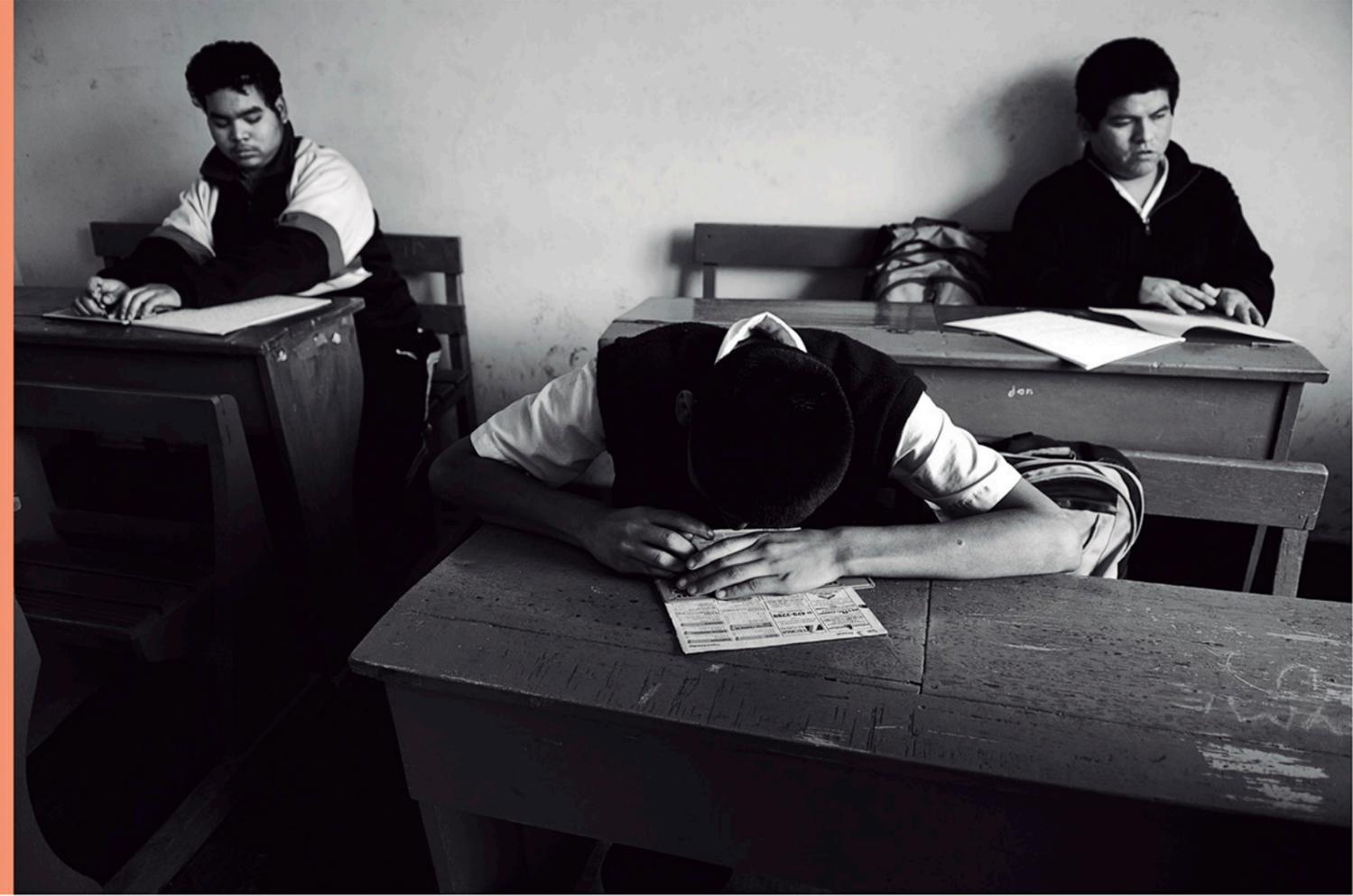
diar. Te habían dicho que aquí ibas a conocer a muchas personas que te ayudarían con entusiasmo y generosidad. Y fue verdad. Profesores entregados, con vocación, que no solo te enseñarían las asignaturas y hasta una ocupación que más adelante podrías desempeñar, sino que compartirían contigo sus experiencias de vida, su modo de ser y de estar cada día, pues varios de ellos tienen tu misma condición y nadie mejor que una persona así para mostrarte los secretos de cómo llegar a desenvolverte de una manera autónoma. Pero nada sabías de las carencias materiales, de los muchos recursos que faltaban y que incluso, desde hace un buen tiempo, se ha declarado que las instalaciones del colegio, por

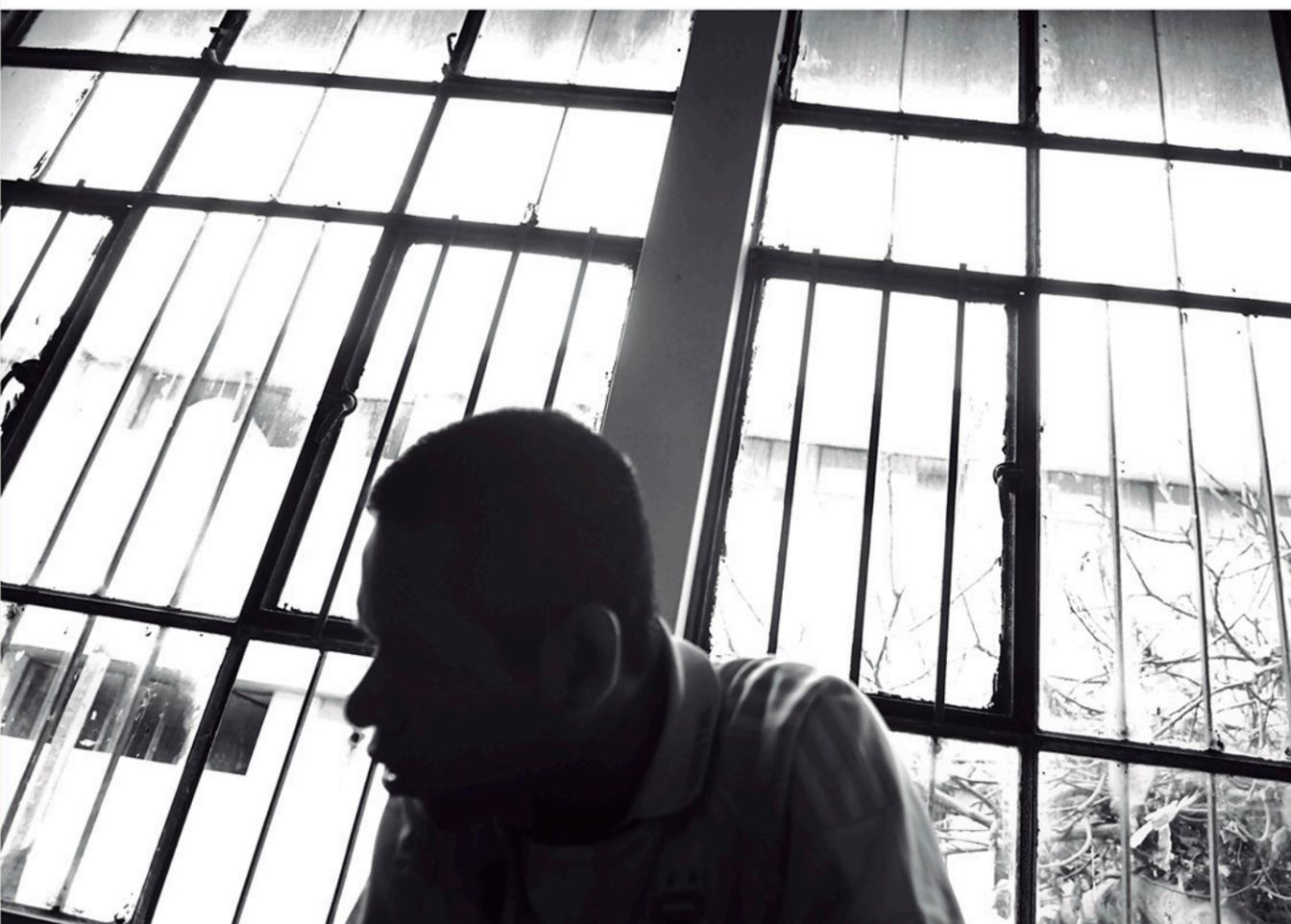




motivos de seguridad, deberían ser demolidas y trasladadas a otro lugar. ¿Harán algo este año las autoridades? ¿Atenderán los justos reclamos del director? ¿Por qué solo le dan un presupuesto para profesores y no solventan todas las otras necesidades? Pareciera que se hubiesen olvidado o no les interesara. Como si fuera cierto eso de que, más grave que una persona pierda su capacidad visual, es que una sociedad no pueda ver a todos aquellos que la integran. A veces piensas en eso, se te llena la cabeza de preguntas e inquietudes y te desanimas; pero solo a veces. La vida no se detiene y hay que aprovecharla al máximo.

Entonces te olvidas de todo eso y te concentras en lo bueno que pasa a tu alrededor. Caminas sonriente por los pasadizos de un espacio que has aprendido a reconocer y que, ahora, sabes tuyo. Sales al jardín y te quedas inmóvil con la cabeza en alto, dejándote acariciar por la luz caliente del sol, sintiéndote tan leve como el globo que sostienes entre tus manos. Te ríes con todas tus ganas mientras corres alborozado por el patio jugando al fútbol o a la chapada con tus amigos. Mientras allá, en lo alto del cielo, algo se agita con tersura y se





escucha la vibración del viento entre las copas de los árboles. Y abajo, en un recodo más próximo, te cruzas con aquella hornacina cubierta de ramas secas por la que te gusta pasar y detenerte por un rato en silencio porque allí, lo has experimentado, habita la fe. Te trepas a un columpio y te meces en el aire tibio de la tarde, el rostro de lado, concentrado en tus sueños y en tus pensamientos, como si fueras el centro del universo. Y la música está siempre allí, invisible, sin ocupar ningún lugar en el espacio pero tan llena de significado. Tanto que no hay mayor emoción en el mundo que subirte al proscenio con tu ropa de gala y cantarles a todos tus compañeros tu canción favorita en una celebración especial. En clase leen algunas historias y cuando lo haces, sientes que los personajes y los escenarios van creciendo y actuando para ti: son la sustancia de una película que ocurre en tu interior y que ya nunca te abandonará. No los ves y, sin embargo, esos personajes te resultan tan familiares como tus compañeros, de quienes sabes tantas cosas por todo el tiempo que



pasan juntos y hasta puedes intuir a cuántos centímetros están de ti así no hagan el menor ruido. Y los profesores: ah, cuánto has aprendido de ellos, de sus gestos y actitudes, de sus conocimientos y anécdotas tan interesantes, que a veces te dejan mudo o alhelado.

No ver, lo sabes bien, no significa estar encerrado en un mundo en tinieblas. Es convivir con un horizonte brumoso, rebotante de grises, en el que los destellos de un resplandor dorado pueden transparentarse hasta que logras percibirlos y por eso te seducen y tratas de acercarte a ellos. Es volcarte hacia ti mismo, reflexionar sobre ti mismo, pero sin olvidar que estás rodeado de gente y que no puedes prescindir de ella. Es liberarte de la tiranía de las apariencias y fijarte en lo que hay debajo, en lo profundo. Es, también, un riesgo permanente y una forma de valentía que has debido incorporar a cada acto de tu vida. Para siempre. Todo está en que la imagi-



nación nunca se apague y por eso, mientras más conozcas, mientras más sepas, ella será tu compañera más fiel y la más fértil. ¿Cómo era ese verso que citó la otra vez el profesor? “Imaginar una luz hasta encenderla”. Sí, la grisura solo puede ser momentánea. Cuando estás en un lugar desconocido o frente a una persona nueva, te pones a pensar en ese espacio en blanco y lo vas llenando con todo lo que han registrado tus otros sentidos y con todo aquello que ya sabes. Las sombras entonces van cediendo ante algo que crece y late con cada vez más fuerza hasta cubrirlo todo. Una energía indetenible que está hecha de ti mismo, que eres tú mismo.

Marco García Falcón

